

## Centenario

VIENE DE LA PÁGINA 1

tecesor, un *Hola* proustiano. Sin olvidar los veintidós volúmenes de sus cartas, edición que finalizó Philip Kolb en los noventa, por encargo de la sobrina del autor. Proust no se acaba nunca.

¿Una tercera lectura de Proust en los umbrales de la vejez? Categóricamente no. Ya no está uno para meterse en ese laberinto del que quizás no lograría salir con el sosiego necesario para tirar adelante. Leer a Marcel no sólo es un placer, también puede resultar un notable tormento. La *Recherche* te arrastra y te encumbra, pero también te enfanga. A partir de cierta edad, como suele decirse piadosamente para evitar el guarismo, y no siendo geniales como Proust, en lugar de intentar recuperar el tiempo perdido lo que conviene es perderlo definitivamente de vista. Afortunadamente, lo mismo que nuestro armazón fisiológico se desgasta con los años, también la conciencia inmaterial, ese baúl de recuerdos, imposturas y prejuicios, acabará siendo reducida por la erosión. En este punto, la naturaleza termina siendo compasiva, a pesar de su brutalidad biológica, al disminuir nuestra capacidad para reeditar, con el mismo brío, las grandes pasiones y arrebatos del pasado, haciendo de esta forma más llevadera nuestra vida. Siempre y cuando, condición indispensable, dejemos de releer a Proust.

## En el principio era Proust

## Centenario

POR R. VENTURA-MELIÀ

■ Sí, la Biblia estaba desde mucho antes, o el *Talmud*. En el principio estaba Homero y su, tal vez, *Iliada*, o tal vez *La Odisea*. Había el *Libro de los Muertos*, sí. Y hasta Balzac, Stendhal, Flaubert y sin ellos no hubiera podido ser. Y en eso llegó Marcel Proust. La literatura no estaba preparada para un golpe de este calibre, los burgueses habían tomado el poder, al asalto primero, luego reprimiendo, desde antes de 1848, y hasta hoy. El pequeño Marcel sólo iba a fiestas galantes, publicaba artículos en *Le Figaro*, traducía con Marie Nordlinger *La biblie d'Amiens*, tejía y destejía su *Jean Santeuil*, y estaba incubando un huevo del que saldría un monstruo, de siete cabezas, *À la recherche du temps perdu* (*En busca del tiempo perdido* según Pedro Salinas y Consuelo Bergés).

Y cuando nadie esperaba de él nada consistente, nada de peso, soltó el bombazo. Este chico de la barriada bien de París, nacido entre cañonazos de la Gran Berta —por favor, mi abuelo lo disparaba en Monet Gurugú, Bilbao, por entonces— y malcriado porque sufría asma, disparó el cañonazo, justo antes de la Grande Guerre de 1914, un 14 de noviembre de 1913, sin más, y

retrotró en el cielo hasta el punto que las ondas no se apagan y van expandiéndose por el Universo, de una galaxia a otra, sin pedir perdón por sus largas frases, sus derivadas, sus paréntesis y sus mil y una justificaciones, que van retrasando, suspendiendo el sentido y dejando sin sentido al lector, hasta que su respiración y la del narrador coinciden. La de ese huidizo personaje, generador del punto de vista, y el sufrido lector, manipulado como un polichinela, hasta que encuentra el sentido o lo pierde y se detiene, enfadado inútilmente, porque no ha agarrado nada y tiran de sus pelos y pende de un hilo en un laberinto. Y teme que le haya tomado el pelo, un socarrón dueño de todos los polichinelas, dueño del sello, el cetro, la corona y el reino de la palabra. En principio se titulaba *Du côté de chez Swann* —tan simplemente— y no era poco porque auguraba un tsunami.

Es poco, pero es el principio de una catedral gótica (se ha dicho ya), un teatro de la palabra que nos entrega escena tras escena, máscara tras máscara —conforme se las arranca—, una comedia humana del novecientos hasta el mismo núcleo de la guerra, que estallará después, pero hemos de perseverar a lo largo de siete volúmenes para llegar a algo, eso que tenía en mente y que iba a llamarse *Le temps retrouvé* (*la faute le tuvo Gaston Bachelard*, el filósofo de *la durée*).

Nos ha presentado a un niño, en un pueblo, que

en principio era Illiers, y ahora Combray. A su tío Amiot y su tía Leonie, a la sirvienta Françoise, a Charles Swan (como yo quería ser a los 8 años y medio). A Odette de Crécy. Qué lío. Me siento perplejo aún. *Un amor de Swan*, como se llama en la traducción de Bofill i Ferro, como la segunda parte. Es un libro tan peligroso como los de caballerías, que intoxica, es pura droga, que huele a carne de orquídea y a inhalaciones. Un círculo cerrado con malditos y bellos. Delicuescencia, belleza, maldición, sí. Seguimos a este Virgilio, hasta el infierno que nos tiene prometido, y tras la resaca, entreveremos el tiempo agotado y recogemos los restos de su búsqueda, magro fruto. El salario se cobra al final. Pero el final no es nada sin el *vía crucis* del lector, hipócrita, *mon semblable*.

Tuvo un éxito loco, cinco ediciones en un año. Y eso que Gide no lo quiso editar en la NRF. No hay forma de desentrañar algo que ha costado un siglo de lecturas, que ha sido eviscerado una y otra vez y se resiste, que es el núcleo de la cultura burguesa occidental, un grito desesperado de un creador en medio de la galaxia, solo, en medio de una danza macabra. Esto no lo reduce ni Beckett, otro lector perplejo, como Josep Pla en 1925. Vayamos pues al principio, todos y yo el primero, a ese libro. En el principio era Proust decía. Para nosotros sólo cuenta el intento, lo dice T. S. Eliott. Y en el principio está el fin.

## ¿Pornografía?

El amor es pornográfico. Escribir es pornográfico («las palabras también son hechos»), y el título de la novela del colaborador de Posdata Manuel Arranz no puede ser otro: «Pornografía», donde nada es exacto y todo es verdad, mientras Orfeo sigue enamorado de su Eurídice.

## Novela

POR JOSÉ SABORIT

■ *Pornografía* romperá las expectativas de quienes, atentos a la acepción más común de su título, esperen encontrar entre sus páginas

descripciones de sexo explícito para el consumo rápido. Por el contrario, satisfará a quienes se reconozcan ante un relato de *no ficción*, y quieran ver entre sus páginas, de cara al público, algunos de esos acontecimientos privados que el amor suele circunscribir al ámbito de la intimidad.

Más allá del título, *tan provocativo como exacto*, esta primera novela de Manuel Arranz —quien vierte en ella parte de su enorme bagaje como aforista, ensayista y traductor— nos arrastra con fuerza irrefrenable desde sus primeras páginas, asidos del brazo de una primera persona que no teme la obscenidad de las confesiones autobiográficas, porque confía en la honesta veracidad de quien narra lo que vive y conoce de primera mano. Cuando lo privado

acierta en la diana común de lo público, lo compartido entre escritor y lector aligera al ego de ambos y procura el alivio del reconocimiento y la catarsis.

¿Quién no ha sentido en sus carnes los dardos, el mordisco, dulce y despiadado, de Cupido? La *naturaleza* contradictoria del amor (*quien lo probó lo sabe*) y su poder de imantación no pueden conjurarse sin una fingida o conjetural distancia que permita la perspectiva del relato. *Pornografía* conquista esa distancia por medio de una muy medida y humorosa ironía, que es el antídoto contra el exceso de gravedad o sentimentalismo; por medio de enumeraciones engañosamente neutras que entrelazan lo trascendente y lo irrelevante; por medio de una magistral naturalidad en el modo de equiparar el valor y el sentido de las palabras propias y el de las abundantes citas (Wittgenstein, Ionesco, Kafka, Léon Bloy, Marina Tsvietáieva, Pascal Quignard, Coetzee...)

MANUEL ARRANZ  
**Pornografía**► CÍCEROS, ED.  
PERIFÉRICA, 2013

¿Qué es el amor sino una construcción que entretene e indiferencia lo leído y lo vivido, lo que nos ocurre y el modo en que somos capaces de contarnos lo que nos ocurre? ¿Qué es el amor sino la idea que se hace de sí mismo?

*Las palabras*, nos dice Arranz, *también son hechos*. Y necesitamos encontrar un sentido a todo lo que nos ha sucedido. Leyendo *Pornografía* lo encontramos, reconocemos lo que alguna vez nos ha pasado, lo que nos pasa, eso que, pese a todo, deseamos que nos siga pasando.

Manuel Arranz  
LEVANTE-EMV